

Nos matamos con ellos



COSTFOTO / NURPHOTO / GETTY IMAG



JUAN JOSÉ MILLÁS

07 JUL 2024 - 05:40 CEST

🕒 **f** **X** **in** 🔗 2💬

He aquí una masa infinita de coches perfectamente colocados, como los granos de arena en una playa. Los granos de la playa no se pueden desordenar: tomas un puñado, lo sueltas, y vuelven a encontrar su lugar en el conjunto. No se sabe de ningún padre que, al ver a su hijo haciendo un castillo de arena, le haya dicho:

—¡Deja de desorganizar la arena!

La [arena](#) siempre se encuentra organizada, al menos desde nuestra visión macroscópica. Ahora imaginemos a un bebé gigante que entrara en este parquin formidable pisando los techos de los coches, y aplastándolos con su peso. Los crujidos se escucharían en metros y metros a la redonda. Al

reventarse los depósitos, el aceite de los motores se mezclaría con el líquido de los frenos y con el caldo de las baterías. El conjunto devendría un amasijo de hierro y plástico y cristal bañado en los jugos de sus vísceras. El bebé gigante, además de tiznarse todo el cuerpo, se heriría las manos y las muñecas y se reventaría los globos oculares con los trozos de vidrio de los parabrisas. Cuando sus padres se dieran cuenta del desaguisado, el niño estaría ya medio ciego y medio desangrado, quizá medio difunto, pobre.

Pues tiene uno la impresión de que algo de eso es lo que pasa con los vehículos a tracción de cuatro ruedas una vez que abandonan el orden en el que [los coloca el fabricante en sus espacios de almacenamiento](#). Aparecen en nuestras calles abollados, sucios, colocados de cualquier manera, sin respetar nada. Son los reyes del barrio y no con poca frecuencia nos matamos con ellos por la obsesión de llegar antes a ningún sitio.